



CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

Es propiedad

BIBLIOTECA LIGERA,

por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro

1. ¿Hablemos de religión?—2. ¿Quién se ocupa de eso?—3. ¿En qué quedamos: hay o no hay Dios?—4. La razón de la sinrazón.—5. ¿Si seré yo algo más que un bruto animal?—6. Bueno; pero el alma nadie ha visto.—7. ¿Qué me cuenta V. del otro mundo?—8. Los amigos del pueblo.—9. ¿Y si le hay?—10. ¡A cofesar!—11. ¿Soy católico?—12. Amigo leal.—13. Jesucristo y el Evangelio.—14. ¿Milagros? No soy tan bobo.—15. No me hable V. del Papa.—16. Padre Nuestro, Ave Maria y Gloria.—17. ¿Y cómo no ha ahora milagros?—18. Yo no creo sino lo que comprendo.—19. ¿Y eso de la Bula?—20. Libertad, igualdad, fraternidad.—21. La santa Cuaresma.—22. Muerte y juicio.—23. Infierno y gloria.—24. Querer es poder.—25. Esos curas ¡los hay tan malos!—26. Bueno.

R. 3531114

12
65537

LA LIBRERÍA DE MI AMIGO.

SE acaba de casar mi amigo Eusebio, y ha puesto casa con todos los requisitos que exigen la moda de hoy y la buena sociedad á que pertenecen los novios. Convidóme hace dos días á que se la fuese á ver, y accediendo á sus deseos, hijos de antigua y leal y probada amistad, me decidí á pasar allá y á permanecer una tarde en su compañía. Una á una me fué mostrando Eusebio las mil y una zarandajas que constituyen hoy el complicado

tren de una casa montada *à la dernière*: los espléndidos tapices y cortinajes, las mullidas y matizadas alfombras, los divanes y sofás, los candelabros y relojes de sobremesa, las camas soberbiamente aderezadas, los pupitres y maqueada sillería, las consolas y espejos, y por final y epílogo la joyería preciosísima con que el galante esposo se ha creído en el caso de tener que enjaezar á la buenísima de su mujer.

—Poco caso harás tú, me dijo Eusebio, de todas esas frivolidades y niñerías; pero, amigo, el mundo es mundo y no las podemos excusar los que nos vemos en la necesidad de alternar con él.

—Cierto, repuse yo con equívoca sonrisa de quien no dice sí ni dice no á esta frase, á la cual se podían bien poner notas y apéndices.

—Pero ¡vaya! también es recia cosa, interrumpió con fino gracejo Anita, la joven desposada. Precisamente, Eusebio, no le has mostrado aún á este señor lo que sin duda miraría él con alguna mayor afición que nuestros dijes y colgajos.

—Pues, ¡no me ocurre! replicó Eusebio.

—Tu librería, hombre, tu librería, repuso ella sonriendo; porque ha de saber, señor mío, que Eusebio, aunque no sea muchacho de letras, les tiene á los buenos libros un cariño capaz hasta de darle mal rato á su propia mujer, si por desdicha fuese de condición algo celosa.

—¡Verdad! contestó Eusebio. He adquirido una porción de libros, y los considero como los mejores amigos y los más gratos recuerdos de mi juventud. Dedico á leer los más de mis

ocios, que no son muchos, y entiendo que la soledad acompañada de un buen autor es uno de los más gratos placeres del espíritu, superior sin comparación al de otras más ruidosas diversiones. Los libros, he aquí lo que constituye lo que llamo yo mi selecta sociedad. Pero ¿qué diantres? entremos ahí en el gabinete un momento, y tú mismo te enterarás.

—¡Que me place! exclamé; y al extremo de un larguirucho corredor me abrió mi amigo la consabida pieza suya de estudio, en que estaba la librería.

Entramos, y no pudo menos de sorprenderme con grata impresión el copioso caudal de libros que bellamente encuadernados y en pulida estantería de caoba tenía allí coleccionados el muchacho.

—¡Vaya, Eusebio, le dije, que eso

tiene honores de verdadera biblioteca! Como sea tan aventajada la calidad como es importante la cantidad, sepas que tienes ahí un tesoro que te envidio de veras.

—¡Calidad! Tú dirás, amigo mío, me dijo Eusebio; al fin eres juez más competente que yo. Por mi parte sólo te diré que he procurado reunir aquí cuanto con más visos de imparcialidad han venido anunciando estos últimos años nuestros diarios.—

Fruncí con cierta significativa expresión el entrecejo, porque mientras Eusebio con la mayor buena fe me decía estas últimas palabras, me había convencido ya con una ojeada de que no era muy de confianza gran parte de aquella curiosa colección de que se mostraba el pobre tan satisfecho.

—Con franqueza, Eusebio, debo de-

cirte que has gastado aquí un cuantioso dineral, bien que no, tal vez, con el acierto que pudieras, á haberte fiado ménos de toda clase de prospectos y periódicos.

—Comprendo; repúsome él con ingenuidad; á tus aficiones y costumbres severas cuadran más bien obras de cierta gravedad, que aquí, es cierto, no abundan. A bien que, hazte cargo de que no es ésta librería de clérigo, cómo la tuya debe de ser por precisión.

—Es verdad, Eusebio, y por esto no se me hizo extraño no ver en ella *Breviarios*, ni *Sumas teológicas*, ni *Tratados de predicación*; pero es también indudable que ya que no librería de clérigo, debe ser por lo menos librería de cristiano.

—¡Cáspita! ¡Es que no pasaría por menos!

—Pues tu librería, Eusebio, por desgracia no lo es.

—¡Vaya! Escrupuloso me pareces en demasía, y en el siglo que nos ha cabido en suerte no es posible, amigo mío, tanto rigor. Obras infames de esas á las que todo hombre honrado cierra con asco la puerta de su hogar no las encontrarás en esos estantes. Te lo aseguro, y ya sabes que soy católico de corazón como fueron mis padres y como, mediante Dios, han de ser mis hijos.

—Es cierto, Eusebio, y sería injusticia manifiesta poner en duda la sinceridad de tu profesión de fe. Pero la anarquía intelectual presente, de tal suerte ha hecho perder á todos la brújula de navegar, que no es raro encontrarse á cada paso con católicos firmes, firmísimos como tú en su convicción, y no obstante lamentablemente des-

orientados y extraviados en estas materias. Tú eres de eso ejemplo viviente, amigo mío. Católico eres y te horroriza la idea de que otra cosa pueda decirse de ti. Y no obstante... tu librería... ¿quieres que te lo diga con la franqueza á que me da derecho la amistad?

—¡Hombre! ¡pues no faltaba más!

—Gracias, Eusebio: pues bien, te lo diré sin rodeos ni garambainas. Católico eres como el más fervoroso, pero tu librería es la de un librepensador.

—¡Caracoles!

—Ni más ni menos. Como suena.. Y si me lo consientes, con un rápido escrutinio de tus libros te lo voy á dejar demostrado.

—Sea. A la buena de Dios.

Abri de par en par las vidrieras que cerraban la lujosa librería de Eu-

sebio, y echando mano al primer to-
mazo en folio que lucía en los estan-
tes bajos su dorada encuadernación,
topé con los números coleccionados de
una famosa *Ilustración*. Los dos sober-
bios grabados que me salieron al abrir-
la eran el uno copia de un cuadro fa-
moso en que la desnudez de las figu-
ras llegaba al último grado de obsce-
nidad, y el otro la reproducción del
lienzo inmortal en que pintó Murillo
su sublime *Concepción*.

—Ahí tienes, díjele sin vacilar, el
primer ejemplo de lo que te estaba di-
ciendo. Esta *Ilustración*, así en lo ar-
tístico como en lo literario y doctrinal,
es puramente racionalista. Con igual
desenfado pondrá ante tus ojos las in-
mundicias de la mitología pagana ó del
realismo contemporáneo, que los gran-
des asuntos de la historia y de la Reli-
gión. Muchas de sus páginas ilustradas

son verdaderas infamias que mañana te horrorizará ver en manos de tus hijos, si te los concede Dios. El texto es en muchos números debido á plumas franca y paladinamente anticristianas. Ahí tienes la firma de C. al pie de un artículo crítico: este otro filosófico lleva la de S., ambos maestros en blasfemia, más que en crítica y filosofía.—

Dejé el tomo en su lugar, y eché mano á otro de menores dimensiones que figuraba en la segunda fila.

—Novelas de R... ¡Valgate Dios! exclamé sacudiéndole la ligera capa de polvo á obra tan de moda hoy día. Los tipos más ásquerosos del mercado lujurioso de París; la sátira constante del matrimonio y de la autoridad de los padres; la emancipación de los hijos y de la mujer predicada como aceptable sistema; el escepticismo prego-

nado y ponderado como única filosofía; la tisis de la prostituta, idealizada; pasiones viles dramatizadas; en ridículo el pudor conyugal, y por fin el suicidio enaltecido y realzado con todos los colores del heroísmo... Por tu vida, Eusebio, que no se me antojan lecciones prácticas de moralidad para la formación de un buen ciudadano, ni de un buen esposo, ni de un buen padre, ni de unos buenos hijos, ni de medianos católicos las que se encierran en los presentes librotos.

Mas, prosigamos. Estas que figuran ahí como *Historias* y que quieren serlo, *de los Papas* una, *de la Inquisición* otra, *de los Conventos* la de más allá, son pura y simplemente falsificaciones que tienen tanto de historia como yo de militar y tú de capuchino. No aprenderás historia en ellas, sino odio contra la Religión. Forman parte de eso

que con tanto acierto ha llamado un autor moderno «conspiración permanente contra la verdad.» Las publica la Francmasonería, las enaltece ella y las propaga por medio de sus órganos en la prensa. Es ella ¿no lo sabías? quien las introduce chiticallando en las casas de los católicos incautos como tú.

Este *Manual de ciencias físicas* reboza materialismo por todos sus poros. En él aprenderán tus hijos que su padre y su madre son descendientes en línea recta del mono ó del orangután. Ya ves si te conviene, Eusebio, el que te tracen un día tus descendientes tan honrada genealogía.

¡Cáspita con las *Poesías de P...* que me encuentro ahí en un rincón, al lado de la *Imitación de Cristo* por más señas! Son venenosas, amigo mío, y vierte cada verso de ellas azucarado

corrosivo, al que es imposible resista con su frecuente lectura el más sano corazón. En ellas se aprende á dudar de Dios, á maldecir la vida, á despreciar á la mujer, á revolcarse en los charcos del sensualismo más infame.

Aquel grueso volumen en cuyo dorso leo *Discursos de N...*, es un buen centón ó catecismo de doctrina liberal, que, como sabes, está condenada formalmente por la Iglesia y constituye, en cierto modo, la herejía del presente siglo.

No sé qué te diga de este *Diccionario enciclopédico* que llena toda la fila del estante superior, sino que es campo ecléctico donde crecen confundidos en variedad monstruosa el trigo y la cizaña; es abigarrado conjunto de verdades y mentiras en revuelta confusión. Lo bueno que hay en él no neutraliza lo mucho malo, antes bien tie-

ne el gravísimo inconveniente de servirle como de recomendación para los lectores desprevenidos. Mucho de lo malo que circula hoy entre nosotros en libros y periódicos lo hace muy á su salvo por medio de tal pasaporte.

Al llegar aquí interrumpiome el buen Eusebio, diciéndome muy serio y formal:

—Vamos claros, amigo mio; ¿con qué por lo visto será cosa de que no pueda tener librería un hombre como yo?

—¿Que si puedes tener libros? Yo me empeñaría en probarte, si para eso estuviese hoy más de vagar, que no sólo puedes, sino que debes en conciencia de buen católico que eres y de buen padre de familia que deseas ser. Sólo que, escucha una rareza, pero muy rara, muy rara, que precisamente debe serlo mucho cuando á la ma-

yor parte de las gentes del día se les hace tan nueva. Óyela y no te asombres. La librería de un católico debe ser católica. ¿Con qué derecho te llamas hombre de religión, si en eso no se te conoce?

—Es que hay que estar al corriente de la literatura, de las ciencias, del movimiento industrial...

—Comprendo, pero esta mala razón no la sueltes, Eusebio, delante de persona medianamente ilustrada, porque... no te haría favor. Hay en el mundo literatura católica, historia católica, ciencias naturales católicas, filosofía católica, periodismo católico. Lo desconocen sólo los ignorantes. Nada tenemos que envidiar á la ciencia y literatura racionalistas, sino la boga infernal que obtienen, gracias en parte á la complicidad de muchos buenos como tú, que en eso se suman con los.

malvados. ¿He dicho algo, Eusebio?

—Grandísima verdad.

—Óyela, pues, entera para concluir. ¿Has visto jamás en la casa de un impío libros de religión? No por cierto. Odio les tiene él como á veneno, y á escondidas han de leerlos hasta su mujer y sus hijas si por fortuna no participan de su impiedad. Seamos, pues, amigo mio, intolerantes con el error, como lo son los impíos con la verdad. Aprendamos siquiera eso de nuestros enemigos.

¡Ay! ¡á cuántos católicos como Eusebio les convendría una visita así y un regular escrutinio en su librería!

A. M. D. G.

si, pero no beato.—27. Honrado, y esto basta.—28. Dios no se mete en eso.—29. ¿Para qué necesito yo Sacramentos?—30. Dios quiere el corazón.—31. ¡Todos somos iguales!—32. Más trabajo y menos fiestas.—33. ¡Qué dirán!—34. ¡Dad al Papa!—35. Pero ¿de veras os parece que hemós de resucitar?—36. ¡Calla, blasfemo!—37. Lo de Lourdes.—38. ¡A veces hasta duda uno si hay Providencia!—39. ¡Pobre de mí... no tengo tiempo!—40. ¿Y por qué no he de leer yo todo lo que quiero?—41. Esos curas... por todo piden dinero.—42. Belén y la cuestión social.—43. Principio y fundamento.—44. Lo que se va y lo que se viene.—45. Malo malo no lo soy. Otros hay peores que yo.—46. A vela y remo.—47. ¡Las fiestas! ¡Las nestas!—48. ¡Tolerantes é intolerantes!—49. Terquedades católicas.—50. ¡Nó, no prevalecerán!—51. ¿Religión? ¡A los curas con ese embrollo!—52. Pero, ¿cómo puede ser lo de la Eucaristía?—53. Los frailes holgazanes.—54. Historia contemporánea.—55. ¡Se va a espantar [el enfermo si] le hablan de Sacramentos!—56. La librería de mi amigo.—57. Orazones partidos.—58. ¡Qué iglesias y conventos! Escuelas y talleres necesitamos.—59. Vamos andando.—60. Los pocos y los muchos.—61. Ganar para la vejez.—62. Poncio Pilatos.—63. Mira que te mira Dios.—64. El Santo Rosario.—65. ¿Y hay de veras purgatorio?—66. Oarino más allá de la tumba.—67. Celestial compañero.—68. Ni fe sin obras, ni obras sin fe.—69. La Santa Inquisición.—70. ¿Los curas? ¡Bah! son hombres como nosotros.—71. Ouentas galanas.—72. El secreto del bien morir.—73. ¡Eternidad! ¡Eternidad!—74. Higiene espiritual.—75. Maria, Madre de Dios.—76. La casa-iglesia y la casa-club.—77. Escuelas laicas, es decir, impías.—

78. El Sagrado Corazón.—79. El secreto de la escuela laica.—80. Vivos y muertos, ó ¿cuándo se nace de veras?—81. Piezas para un proceso.—82. Las tres mentiras de la enseñanza laica.—83. ¿Romerías? ¿qué se saca de eso?—84. Modos de tener religión que equivalen á no tenerla.—85. No estoy por tanto lujo en las iglesias: Cristo fué pobre.—86. Con qué ¿nos vamos?—87. Criterio seguro... y único.—88. La casa de la eternidad.—89. El bu del jesuitismo.—90. ¿Tanto mal es el pecado?—91. Más sobre el jesuitismo.—92. El pecado cristiano.—93. La más justificada justicia.—94. El combate de la vida.—95. El triunfo de la fe.—96. La vejez del incrédulo.—97. ¡Esos teatros!—98. El crimen de muchos hombres de bien.—99. Ricos muy pobres.—100. Ad majorem Dei gloriam.

Los libritos de esta *Biblioteca* se venden en la *Librería y Tipografía Católica* de Barcelona á los precios siguientes:

Un ejemplar, 6 cénts. de pla.; docena de un mismo número, 80 cénts.; centenar de id., 4 ptas.; quinientos de id., 48'75 ptas.; mil de id., 35 ptas.

La colección de los 100 números publicados vale 4 ptas.

Dirigirse á D. Miguel Casals, calle del Pino, número 5, Barcelona.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona.—1889.